

hacia la violencia— y los factores contextuales deben ser analizados al mismo nivel de los factores de protección, que también son accionados en diferentes etapas de la vida. Esta premisa es sustentada por medio de la muestra, pues muchos de los jóvenes tardíos no se alistaron de manera precoz en un grupo armado (entre los diez y los trece años), en gran medida, por las barreras desplegadas en su núcleo familiar. Sin embargo, el maltrato en casos de jóvenes que se alistaron después de los quince años es también un factor que los lleva a tomar la decisión. Esa tenue frontera, como bien destaca Andrade, entre maltrato y “disciplina” —en sus acepciones nativas— es, a mi modo de ver, uno de los campos en los cuales los estudios se deberían enfocar para desentrañar el mecanismo de reproducción de la propia “guerra”, como expresión nativa —con vertientes y variaciones locales— de ciertas formas de violencia en Colombia. La consideración de los niños y jóvenes como sujetos que tienen capacidad de decisión y acción —y agencia— queda demostrada de igual modo en este aspecto, aunque no sea un asunto examinado por el autor.



En el marco de la exposición de los resultados del estudio hay otros elementos que llaman la atención. Entre los jóvenes precoces, por ejemplo, el análisis de los factores de personalidad destaca que ellos se consideran “agresivos” y “mentirosos”, mientras que los individuos del grupo de control, oriundos de con-

textos regionales y socioeconómicos similares, se conciben como esencialmente “miedosos”. Allí hay una barrera, una forma de contención social que, de todas maneras, no garantiza la no vinculación en un grupo armado porque, como bien anota Andrade, es en la adolescencia cuando se manifiestan comportamientos riesgosos, de abrupta transición —en la mayoría de los casos— que determinan el alistamiento. El tránsito del miedo, y de la temeridad —como su opuesto—, hacia el uso de las armas es uno de los procesos determinantes para el inicio de una “trayectoria criminal”. Vinculado a lo anterior, otro hallazgo interesante es que tanto los jóvenes del grupo de precoces, como los del grupo de tardíos, piensan que los barrios y veredas donde vivieron son inseguros, y reportan eventos que demuestran frecuencias altas de “desorden social” —noción usada por Andrade—. No obstante, esos mismos jóvenes resaltan la sensación de seguridad, el sentirse seguros en aquellos lugares. Sin que el autor se haya detenido en este aspecto, hay varios desdoblamientos de extrema importancia: en primer lugar, subyace el tema de la naturalización de la violencia y los niveles de tolerancia con relación a las manifestaciones y efectos de la violencia en una larga duración. Por otro lado, es posible que esa aparente paradoja de estos jóvenes responda a la imbricada relación entre las nociones de territorio —derivadas de las nociones nativas de guerra—, las dinámicas de ocupación y control de los grupos armados y las concepciones de alteridad que dibujan trayectorias a partir del par enemigo/aliado, tan común en los testimonios acerca del conflicto contemporáneo en Colombia. De nuevo, estoy apuntado posibilidades de análisis que se desprenden de los interesantes hallazgos de Andrade.

La variable edad, desde la perspectiva de las “trayectorias criminales”, demuestra la importancia de la capacidad de agencia de los niños y permite vislumbrar sus plataformas de decisión, pues entre menor sea la edad de iniciación en acciones

delictivas, los años de las trayectorias también tienden a ser mayores. Es interesante notar, además, que las trayectorias, previas a la vinculación, el alistamiento o el reclutamiento —categorías con implicaciones diferenciadas no profundizadas por el autor— destacan la importancia y la frecuencia de las acciones violentas realizadas en grupo. Aquellos sujetos que cuentan con ese elemento en su recorrido tienden a tener una trayectoria criminal más larga, según las conclusiones del estudio. El alistamiento, en últimas, termina siendo un eje metodológico y analítico fundamental para comprender las dinámicas del conflicto en Colombia y para determinar los rostros, de una forma menos estereotipada, de quienes han conformado los bandos armados. Empero, Andrade hace una advertencia fundamental en la medida en que el alistamiento, desde la óptica de la historia de vida de los jóvenes desmovilizados, es solo un hecho intermedio en su trayectoria. Lo interesante es que ese contraste pone en evidencia una diferencia entre las posturas externas e internas a ciertas vicisitudes de la guerra y entre las formas como se viven las experiencias violentas.

SILVIA MONROY ÁLVAREZ
Antropóloga. Doctoranda en
Antropología Social,
Universidade de Brasília (UnB)

Literatura, psicoanálisis y enredología

Goces al pie de la letra

Belén del Rocío Moreno Cardozo
Universidad Nacional de Colombia,
Facultad de Ciencias Humanas,
Escuela de Psicoanálisis y Cultura,
Bogotá, 2008, 211 págs.

La posibilidad de relacionar la literatura con el psicoanálisis parece ser el objetivo primordial del libro aquí

reseñado, una obra escrita por la profesora Moreno Cardozo, quien se presenta como psicoanalista, y con ello se debe leer este libro desde esa perspectiva y no tanto desde la literatura. Sin embargo, esta última es tomada en cuenta bien sea como fuente de donde se extraen algunos conceptos e ideas para el desarrollo del psicoanálisis, o como objeto-sujeto en el cual aplicar la teoría psicoanalítica; así, de una u otra manera, se podría establecer una relación entre lo uno y lo otro, pero dándole mayor importancia al psicoanálisis, pues la autora se sienta en el gabinete psicoanalítico para indagar a la literatura y descubrir lo que puede haber más allá de lo aparente y de lo consciente; ella no escribe como una maestra egresada de un prestigioso instituto de estudios hispánicos en Bogotá, sino que su escritura está limitada por el saber psicoanalítico adquirido en una renombrada universidad colombiana.



Uno de los conceptos claves del psicoanálisis es el de "sublimación", del cual se muestra su origen estético, teniendo en cuenta las obras teóricas de tres filósofos europeos: Longino, Edmund Burke e Immanuel Kant, quienes en el tratamiento conceptual de lo bello y lo sublime establecen las raíces estéticas y culturales de donde brotará el concepto de sublimación en Sigmund Freud, de gran importancia para la teoría psicoanalítica. Es decir, que de la filosofía, madre de todas las ciencias, fructifican conceptos fundamentales para el desarrollo de la psicología y

de su hijo predilecto el psicoanálisis; de la teoría estética de los filósofos emerge, pues, un concepto nuclear para el sostenimiento teórico y clínico del psicoanálisis, se trata de la noción de sublimación, la cual tiene que ver con el deseo y la satisfacción en la mente del ser humano. En esta primera parte de la obra reseñada se observa una plausible relación entre filosofía y psicoanálisis, lo cual sirve como impulso para perseguir la posible relación entre literatura y psicoanálisis, entre la letra y el pan-sexismo, es decir, la escritura como sublimación del deseo sexual y sus diversas satisfacciones entre la humanidad.

La profesora Moreno dedica cinco extensos capítulos al análisis literario de las obras de cuatro autores: Marguerite Duras, César Vallejo, Fernando Pessoa y Jorge Semprún, a quienes analiza utilizando conceptos de Sigmund Freud y Jacques Lacan, explorando novelas y poemas, descubriendo aspectos en esas obras que manifiestan deseos y sublimaciones de los escritores, y que expresan el goce que sienten con la escritura, o su uso como medio para el olvido, la memoria, el silencio; una literatura en la que confluyen el placer y el dolor, la ensoñación y la realidad, la imaginación y el hambre, la alegría y la pena, la mirada y lo mirado, la soledad y la muchedumbre, la cordura y la locura, entre otros antagonismos que destacan el sabor agri-dulce de la vida, de esa existencia humana plagada de contrastes, de conflictos, de esa dialéctica entre los opuestos que se distancian, o se entrelazan, o se complementan. No obstante, a veces la aplicación del psicoanálisis en la interpretación de la obra literaria es de difícil comprensión para el lector, por ello este tipo de análisis literario requiere de mucho esfuerzo y concentración, de lo contrario se terminará en un galimatías sin nombre y sin forma.

En el último capítulo la autora muestra un posible nuevo campo de acción surgido de la intersección entre psicoanálisis y literatura, para lo cual ella se extiende un largo trecho de líneas y párrafos para desta-

car la importancia del método, sin el cual no sería posible la relación entre esos dos saberes. Pero ese campo se nos antoja enredología, porque es evidente a lo largo y ancho del libro grandes dificultades de comprensión debido a la maraña de conceptos e imágenes retóricas, es decir, de expresiones poco explícitas sobre lo que en realidad quiere decir su autora. De esta manera, por ejemplo, un poema de Pessoa pierde su riqueza literaria y se convierte en un objeto-sujeto para aplicar el psicoanálisis según los dictámenes de su creador, Freud, y de su más insigne difusor en lengua romance, Lacan, y así de teoría en teoría, de interpretación en interpretación, el poema de Pessoa se hace incomprendible y se distorsiona su belleza original. La enredología que surge de dicha confluencia psicoanalítica-literaria nos obliga a realizar varias lecturas de un mismo párrafo, pero después de cada relectura seguimos perdidos en un universo psicoanalítico que trata de enmarcar a un sol poético. Colocar límites psicoanalíticos a una obra literaria es poco atractivo para corazones libertarios que simplemente desean vivir y gozar con las letras, no teorizar ni conceptualizar sobre lo que escribe un poeta o un narrador.



Establecer relaciones entre saberes aparentemente distintos se ha vuelto pan de cada día en las universidades, es una costumbre académica denominada interdisciplinariedad,

un sustantivo difícil de comprender dado su carácter enredológico. En cuanto a la posible relación de interdependencia entre psicoanálisis y literatura es ya un tópico en los estudios humanísticos, es algo que se viene haciendo en Europa desde hace varias décadas, y apenas en el siglo XXI se destaca en Sudamérica como una solución para interpretar la polifacética literatura universal (¿occidental?). Empero, se hace necesario superar toda enredología posible para facilitar al lector la comprensión literaria a partir del método psicoanalítico, y poner en práctica éste para descubrir lo mucho que se emparenta con la literatura; es una suerte de círculo hermenéutico que nos mantendrá al vaivén entre lo uno y lo otro, un dinamismo dialéctico que nos podría hacer cada día más libres.

JHON ROZO MILA

Crónicas compiladas por el maestro

La pasión de contar.

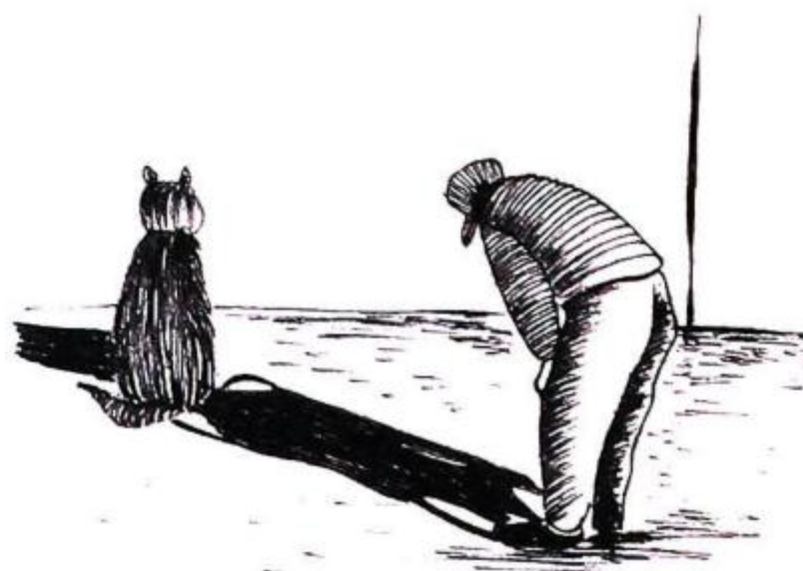
El periodismo narrativo en Colombia, 1638- 2000

Juan José Hoyos (estudio preliminar y selección)

Editorial Universidad de Antioquia, Hombre Nuevo Editores, Medellín, 2009, 968 págs.

Dos nítidas partes componen este formidable libro. El estudio inicial de Juan José Hoyos (1953) que abarca hasta la página 150. A partir de allí, y hasta la página 962, la apasionante selección de lo que ha sido el periodismo narrativo en Colombia, el cual inicia con un fragmento de *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle. Desde el principio se advierte el doble carácter del autor. Un novelista que durante más de veinticinco años ha sido profesor de periodismo. Esto lo lleva a buscar el gozo con que atrapa la narración,

viva, fluida, intrigante y a la vez el estudio de las características y evolución del género, en tan dilatado periodo de tiempo.



Que comienza con la bella y rica Inés de Hinojosa, “criolla de Barquisimeto”, quien no contenta con asesinar a su marido, don Pedro de Ávila, por culpa de su ciega pasión por “un Jorge Voto, maestro de danza y música”, animará más tarde a don Pedro Bravo de Rivera a asesinar a su vez a Jorge Voto, viviendo ya todos en Tunja. El final es dramático: doña Inés y don Pedro Bravo ahorcados y el sacristán de la iglesia mayor, Pedro de Hungría, cómplice, convertido en fugitivo culpable. Una buena muestra de las virtudes de *El carnero*, al fusionar ya crónica histórica con menudencias y rasgos humanos, en personajes inconfundibles. Resulta curioso que este sacristán y, más tarde, al presbítero homicida Juan Sánchez de Vargas inauguren una línea de eclesiásticos criminales que tendrá su apoteosis en el canónigo Armenáriz que en una Santa Fe de finales del siglo XVIII es recreado por el cronista de lo criminal por excelencia, Felipe González Toledo (Bogotá, 1911), quien con “La primera muela bicúspide superior de la derecha del prebendado” y Rosa Tabares, una rolliza mulata que se ganaba la vida “en el arreglo de ropas de estudiantes. Pero ganaba más, según las malas lenguas, prescindiendo de las ropas” (pág. 749), arma una de las más divertidas intrigas, con un narrador-detective de por medio. Similar caso al del “crimen de Aguacatal” (1873) de Fran-

cisco de Paula Muñoz, quien terminó por redactar un libro pionero sobre aquella famosa matanza, en Medellín, en la que seis personas de una misma familia fueron asesinadas a hachazos, un loco incluido.

Ese periodismo narrativo tendrá así una larga secuencia de crímenes de toda índole, aparentemente resueltos o abandonados como enigmas irresolubles. Pero quizá la sobria crónica de Mario García Peña, en 1923, donde desde Sing Sing presencia como un ruso, Rabasovich, es electrocutado con dos descargas eléctricas por el robo de siete dólares a una señora y el asesinato de un policía, en duras épocas de crisis económica, constituye ya un eficaz alegato contra la pena de muerte, y logrado epílogo de esta secuencia de crímenes y justicia, que llega o no. Resarce o no. Queda pendiente o Dios cobra, por mano propia.



A los crímenes podemos añadir las semblanzas de figuras ilustres de la política, las letras, el teatro y los deportes, o aquellas crónicas concentradas en los desastres naturales. Las semblanzas trazan, en realidad, una historia de Colombia en sus grandes protagonistas (Rafael Núñez escribe sobre Tomás Cipriano de Mosquera y Alberto Lleras sobre Laureano Gómez, sin olvidar la separación de Panamá y la guerra con el Perú). Por ello, Núñez, al referirse a Mosquera,